

STABAT MATER DOLOROSA

Desde que en la Edad Media ¿Jacopone da Todi? escribiera las hermosas estrofas del “Stabat Mater Dolorosa, juxta crucem lacrimosa…”, que posteriormente pasara a formar parte, como secuencia, de la Misa de los Siete Dolores de la Virgen María, pocas obras musicales, tanto religiosas como no religiosas, han gozado de tanta popularidad, lo que motivó que un número extraordinario de compositores pusieran en música sus bellísimos versos, lo que no ha sido óbice para que la melodía gregoriana primitiva haya primado sobre la enormidad de partituras aparecidas a través de los siglos.

Entre las que más destacan, yo señalaría tres, representativas de otras tantas épocas o etapas de la historia de la música: El de Pergolesi, para voces solistas femeninas y coro también de mujeres, escrito en el siglo XVIII; el de Rossini, perteneciente al XIX y, ya en nuestros días, aunque fuera compuesto en la centuria hace tan poco desaparecida, el debido al autor húngaro Zoltán Kodály, algunos de cuyas obras forman parte de una música religiosa húngara moderna, pensada con la cabeza e inundada de una fe y sinceridad que arrastran, que ha interesado a importantes creadores del país magyar hasta el punto de poder ofrecer una suma de obras para los diversos tiempos litúrgicos que, a mi juicio, es modélica y digna de imitar por otros países, no digamos el nuestro. Algunas de estas músicas me cupo la suerte de interpretarlas, con magnífica acogida, en los cultos cuaresmales de nuestras cofradías en la época en que dirigí la Asociación Coral de Sevilla.

En esta ciudad, dado el amor sin límites que se le profesa a la Madre de Dios, -donde, no olvidemos, existían varios templos en los que todos los sábados del año se cantaba la Misa propia de la Virgen-, el canto de estas enternecedoras estrofas sonaba varias veces a diario en nuestras iglesias y conventos y, en los numerosos septenarios que constelaban la Cuaresma, su interpretación, que estaba a cargo de solistas, coro y orquesta, formaba parte del orden de estos cultos marianos en los que, mientras sonaban las emotivas palabras del poeta italiano, se incensaba el altar, con lo que adquiría mucha solemnidad. También se cantaba en él, hasta hace sólo unas décadas, llamado Viernes de Dolores, día en que muchas cofradías celebraban esta advocación, tan dramática y consoladora al mismo tiempo, de la Madre del Señor al pie de la Cruz. Tan gran número de audiciones exigía una cantidad equivalente de composiciones distintas, de las que, por ejemplo, la Hermandad de la Soledad, de la parroquia de San Lorenzo, guarda en su archivo la partitura manuscrita, a tres voces de hombres, dedicada a dicha cofradía por su autor, el que fuera celebrado organista primero de la catedral, Buenaventura Iñiguez, quien también compuso unas coplas para la misma advocación y otras para el Señor de la Pasión, del Gran Poder, y de las Virtudes.

El de Rossini adquirió una notoriedad tan grande desde el momento de su composición, la cual tuvo lugar en el año de 1842 que, en Sevilla, -donde el rossinismo imperaba en la escena e Hilarión Eslava impregnaba toda música que se hiciera a caballo sobre la segunda mitad del ya citado siglo XIX-, sólo unos días después de haber sido fundada la Sociedad Artística Santa Cecilia en casa del conde del Águila, hecho ocurrido en la segunda decena del mes de Marzo de 1851, dicha sociedad pretendió ejecutarlo en versión orquestal, es decir, sin voces, de cuya realización se encargó el maestro Cerílli, director musical de la ópera. Pero como tanta premura no es aconsejable en arte ni en nada que se le parezca, la pretendida empresa hubo de ser preterida para mejor ocasión, lo que no quiere decir que la orquesta no interpretara otras obras del repertorio operístico.

La Sociedad, empero, no cejaba en su intento y, al fin, cuatro años más tarde, pudo anunciar la interpretación de la preciada obra en un concierto anunciado como sacro, al cual asistieron S.S. A.A. R.A. los Duques de Montpensier y un público numeroso atraído por los nombres de Rossini y su casi reciente e inmortal obra, calificada por la prensa de la época como “una de las más sublimes concepciones del inmortal cisne de Pésaro”. Tenemos noticias de que la misma Sociedad volvió a interpretarla dos años más tarde, y a partir de esta fecha se pierde el rastro de las interpretaciones de esta joya musical hasta hallarlo en los cultos de la Hermandad del Valle.

Esta Hermandad se ha distinguido ampliamente por deparar especial cuidado a la música que solemnizaba sus cultos, y durante muchos años el Stabat Mater era cantado entre las lecturas de su clásica función principal o de instituto. Fueron varios los autores escogidos: Francisco José Feo y Vicente Gómez Zarzuela, ambos de amplia resonancia en la ciudad, el granadino Maqueda y lógicamente, Rossini, que dada la duración de su partitura, sólo era posible interpretar una o dos estrofas, a veces por tenores de ópera que le daban a estas páginas el realce que es de suponer.

El maestro Rossini seguía cautivando fuertemente a los sevillanos, lo que dio por resultado que una magnífica pianista de la tierra, Dolores Muro, arreglara para violín, clarinete, contrabajo y piano el aria de tenor y bajo para que fuera cantada en los cultos de la Hermandad. del Señor de la Pasión. Esto ocurría a finales de la decimonovena centuria, pero la famosa obra rossiniana dobló el final de siglo y continuó sonando hasta colmar el primer cuarto del XX.

Ignacio Otero Nieto
Miembro de la Real Academia De bellas Artes
de Santa Isabel de Hungría

Archivo Revista Miriam Año LV – N° 326